

# Criollismo Urbano

Por María Carolina Geel

El primer cuento de este libro representa un trabajo casi temerario: poner ante el lector la atmósfera, el tiempo, los caracteres, el lenguaje y hasta la catadura de un buen número de tipos que pudieron existir allá por el siglo XV, atributos todos que, aunque minorados por la forma propia de un escritor del siglo en que vivimos, comunican la sensación de pasados tiempos, de gentes tan bravas como ignaras, que no saben lo que es una brújula pero que resisten las desventuras con un coraje hoy casi desaparecido. Esto, sobra decirlo, se debe a que Pablo García es muy buen narrador (*La tarde en que ardió la bahía*, cuentos por Pablo García. Editorial Nascimento 1979)

El tema del relato es, un poco si y otro no, el viaje de Cristóbal Colón, con las penalidades, las esperanzas y las ambiciones que acompañan y acompañarán siempre a la res humana.

Querríamos hacer notar que ya en este cuento aparece uno como personaje axial, diríamos, que sin ser propiamente un personaje rfo (tomamos el nombre de las en un tiempo muy cultivadas novelas-rfos), esto es, que reaparece en cada cuento, representando un carácter o naturaleza reiterada en el sujeto central de los relatos. El es irremediablemente negativo, algo así como un romántico descendiente de Schopenhauer. Además, es pobre siempre, a veces casi miserable, pero de un modo u otro posee

cultura y su lenguaje es bastante intelectualizado. Niega la vida en sí misma y en los aconteceres, pese, por otra parte, a que es joven y bien parecido, ya que las mujeres lo buscan: "Siempre en cada pueblo había una mujer chiflada que lo estaba esperando a uno".

Helo aquí en su aparición en el primer cuento aludido, o sea, el día en que las celeberrimas carabelas se hacen a la mar. Para él es "un viaje sin destino". Y al embarcarse se despide malamente de su natal Castilla. Luego, al partir dice:..."Con ánimo de distraerme, mirando sin asunto, me afirmé en la borda". Ese "mirando sin asunto" es, en verdad, un compendio del *taedium vitae*... Representa, además, el estilo descriptivo del autor para referirse a esa desolación permanente del personaje como a ciertas situaciones de abatimiento que encierran algunos de sus relatos.

Pero hay otro en el mismo cuento que hace sombra al narrador y es un pastor de ovejas llamado Santa Cruz. Le ocurrió a éste que un alguacil lo embarcó a la fuerza en la nave, sin atender a sus protestas. Su indignación, que a ratos lo enardece, en otros se apaga, y recuerda nostálgico: "En las tardes era una alegría de Dios oír balar a los corderillos trotando mansamente al aprisco".

Aparte el primero, estos cuentos, sin duda, pertenecen al denominado criollismo urbano. La facultad de ob-

servación del autor es aguda. Muestra la idiosincrasia, el modo de actuar, de llevar la vida de relación de la gente de que trata, como los buenos relatores, es decir, por sus reacciones, sus decires, explicando un mínimo al lector que tales o cuales de sus personajes son de esta laya o de la otra. Queremos decir que es común el novelista o cuentista que insiste ante el lector en que su personaje equis, por ejemplo, es sumamente gracioso. Uno lee y lee y no logra sonreír siquiera. Lo peor ocurre cuando insiste en que tal otro es inteligente, o esta o aquella mujer es un prodigio de atracción y de talento, cosas ambas que aunque se llegue a leer todo el libro se reducen a palabras campanudas, a actuar con artificio (recordemos aquí a uno de los mejores escritores argentinos, Ernesto Sábato, cuya falla en su novela *De Héroes y Tumbas* es, precisamente, la que planteamos).

Volviendo al personaje eje, puede pensarse que las raíces de la soledad que lo atormenta están en verdad en sí mismo; en una naturaleza a la que la precariedad del medio ha sensibilizado al extremo: "... y me fui, igual que siempre —cabizbajo—, lo mismo que si hubiera sido un jorobado, llevando sobre mis espaldas la soledad del mundo". Si ese medio social hubiese sido otro, si el padecer la pobreza no le hubiese hecho sufrir tan agudamente las injusticias, esa soledad, ese no ajustar, ¿sería el mismo? Parecería que sí. El habla por ahí de "la delgada atmósfera de nuestra vida". Por momentos uno se pregunta si,

como ocurre con escasas excepciones, el iterativo habitante de los relatos es reflejo de un pesimismo fundamental en el autor, si bien tal pesimismo no le impide un modo de narrar vivaz y aun fogoso.

Acaso el mejor cuento, el que tiene como un halo de encanto sobre los aconteceres sombríos, es el segundo, esto es "El burrito de don Vialladoli". Este don cuando suele beber tiene accesos de risa, "una risa cortita, espesa, cansadora", y ya ebrio del todo y recordando quizás qué, "daba respuesta oportuna que a su tiempo no se le ocurrió". Pero sobre todo hay el burro de muy fuerte personalidad. Y hay un final impregnado de ternura cuando burro y viejo mueren atropellados por un camión y el narrador los ve ahora a ambos, juntos, "caminando por esos cielos de Dios".

El cuento final, en su primera parte, no va más allá de parecerse acaso demasiado a inúmeros cuentos criollos. En su segunda parte, no obstante una buena concepción de un hecho grotesco —una muerta en su ataúd que navega por las aguas con que el enfurecido mar inunda la aldea, y tras ella su ahijada que canta con voz agudísima—, notamos una cierta caída de la forma. ¿Quizá la repetición de voces onomatopéyicas? No es fácil saberlo.

Un libro que augura, queremos pensarlo así, un buen año literario.